

## POR CONSIDERADO

Los fuertes golpes nos despertaron. Mi reloj marcaba las dos de la mañana. Me levanté de la cama para acercarme a la puerta. Eran dos accesos; pero los toquidos provenían de la otra puerta, la de la sala.

---¿Quién es, qué desea?--- inquirí.

---Soy el Ingeniero Francisco de la Ribera, del ingenio de Pujiltic.

Chanita estaba a mi lado.

---¿Escuchaste todo? Tú tranquila. Conozco quien habla--- sus ojitos asintieron.

---Voy a salir, Pancho.

Abrí la puerta de la recámara y salí. Me encontré reclinados en una camioneta pickop, a Pancho y dos hombres más. Nos saludamos.

---¿Cuál es el problema?---cuestioné.

---El problema, es nuestro contador, quien se encerró en su cuarto y ya lleva sin salir más de veinte horas. Por más que hemos tocado a su puerta, no contesta.

---¿Por qué no han abierto ustedes?

---Si ya se murió, preferimos que usted, como Agente del Ministerio Público, haga el levantamiento del cadáver. Si hay documentos, por ejemplo, quedarían bajo su resguardo.

---Son diecisiete kilómetros.---dije.

---Nosotros lo llevaremos y lo regresaremos.

---Espérenme un momento, voy a prepararme.

---Lo esperamos.

Mi esposa ya estaba lista. Tenía en sus manos la escopeta Crucelegui de dos cañones, con reductores, calibre doce, con potencia como para frenar un elefante encarrerado, al hacerle tremendo boquete en el pecho, con un disparo.

---¿La vas a llevar, verdad?

---No, mi amor. Esta arma la trajo de Guatemala el amigo Protasio. Se la encargué para defendernos, aunque de manera especial, para ti, pues te pasas gran parte del tiempo sola en la casa con los niños. Además, recuerda que la mayor parte de los vecinos, son familiares de quien mató al juez y están muy alborotados.

---¿Y tú?

---Con la bendición de Dios y con mi Walter trescientos ochenta en la cintura, estoy preparado.

---Está bien, me quedo. ¿Si pasa algo, qué hago?

---Ante cualquier ruido o sientas o veas algo raro, tú dispara, que de la cárcel te saco; pero del hoyo ¡Niguas! Si fueras Lázaro, tal vez Dios te resucitaría.

---¿Y cómo le hacemos cuando regreses?

---Muy fácil, yo voy a entrar por esta puerta---señalé el acceso a la calle---. Sí, sí, por esta puerta, no se diga más.

Nos despedimos después de hacer una oración y de darnos unos cuantos besos.

Subí a la camioneta y Pancho, al volante nos condujo hasta la orilla del río.

---Voy a checar el vado. Estaba bajo, cuando pasamos hace un rato; pero con estos ríos de por acá, uno nunca se sabe.

---¿Todo está bien?

---Si, Lic. La luz del carro ayuda mucho para observar bien.

Cruzamos sin problemas y al rato llegamos al hotelito del ingenio. Una agraciada joven dijo ser la gerente y nos indicó con el índice derecho, hacia la puerta.

Toqué con fuerza varias veces, sin obtener respuesta.

--- Soy el Agente del Ministerio Público, por favor abra la puerta---repetí tres veces la acción y luego maniobré con la muñeca derecha, como si estuviera abriendo. Con una risita incómoda la muchacha se acercó para abrir con su llave maestra.

Prendí la luz y entré con cierto resquemor. No había nadie. La cama tendida, con ligeras arrugas, era evidencia de que alguien estuvo acostado para leer. Habían nueve folletos de un curso de memoria y concentración, desparramados sobre la cama. Los dos closets estaban vacíos. Solo me quedaba el baño. Al abrir vi el cadáver de un individuo moreno claro, colgado del cuello, con un cinturón de piel, anudado al tubo de la regadera. Sus muñecas tenían sangre coagulada en la parte externa. Las dos hojas de afeitar, con rastros de sangre completaron el esquema: ,Quiso suicidarse cortándose las venas, mas no le funcionó porque cortó en la parte externa de las muñecas y no pudo desangrarse. Su siguiente paso lo hizo colgándose del cuello. No hallé nada más

Pedí llamaran al médico del Imss y cuando éste llegó, le tomé la protesta de ley, exhortándolo para que al otro día me llevara a Carranza el documento de la autopsia y firmara su aceptación de practicarla. Luego de despedirme, subí al vehículo. Casi de inmediato el ronroneo del motor y el movimiento por los baches, me adormecieron. En la puerta de la casa, el chofer me despertó y adormilado bajé del vehículo.. Arrancó para desaparecer en la esquina. Me acerqué y antes de abrir, olvidándome de lo pactado con mi bella esposa, di unos pasos hasta quedar frente a la puerta de la sala, pensando: "Pobre Chanita, no ha dormido desde el nacimiento de Chusín, porque llora todas las noches . Además, está la inquietud por la muerte del juez, y sus consecuencias".

Abrí para avanzar en la obscuridad, chocando con los muebles de madera plegables, en busca del apagador.

---¡Clik, clik, clik!---escuché restallar en la penumbra. Eran los sonidos de los dos gatillos de la escopeta al ser desmontados y el botón del apagador. La luz encendió la escena y me hallé frente a dos cañones, como los de Navarone, apuntando mi cara.

---¡Ah, eres tú!---dijo tranquilamente Chanita---. Menos mal que encendí la luz para no fallar.

Me fui deslizando hacia abajo hasta que quedé sentado en el piso, con los ojos abiertos como platos, mirando el infinito. Así amanecí.